Dr. Francesc LLOP i BAYO
Antropòleg
963 856 652 / 636 066 978
Joan Llorenç, 62 – 10
VALÈNCIA
E- 46008 (COMUNITAT VALENCIANA) 083038@gmail.com

València, 25-10-2021

Toques de campanas para difuntos. La construcción de la comunidad

Hace años, cuando entrevistábamos a un anciano campanero, le preguntamos porqué no tocaba ni a nacimientos ni a bautizos ni a primeras comuniones ni a bodas y solamente tocaba por los difuntos de la población. Y me dijo lo que muchos otros me confirmaron: sólo se toca para los difuntos porque los demás actos son para la familia, mientras que la muerte de alguien afecta a toda la comunidad. Los toques de campanas de difuntos, en la sociedad tradicional, servían no sólo para informar la muerte de un vecino, sino para reconstruir los lazos sociales. Cada comunidad, cada población, construyó los toques según sus necesidades, según su estructura social.

La primera distinción era adultos y niños. Con los niños, hasta los siete años, hasta la primera Comunión, pensaban que iban al cielo, que eran angelitos, y por tanto tocaban una especie de repique festivo… Se supone que era un toque alegre, aunque no creo que lo fuera para los padres de la criatura. Era un toque que se repetía muchas veces en verano, cuando más morían las criaturas. Por lo general este toque solo tenía dos distinciones: rico y pobre, y a menudo, como eran ángeles, no se indicaba el sexo.

Para los adultos había, en los pueblos pequeños, al menos tres clases, y aquí se indicaba el sexo: dos golpes para mujeres y tres para hombres al principio y al final. A veces eran más golpes, pero siempre pares para ellas e impares, con un golpe más, para ellos. Las tres clases (rico, normal, pobre) podían ser hasta siete en una parroquia de la ciudad, e incluso llegaron a ser once en Madrid. Al toque se le solía añadir una señal para diferenciar la cofradía a la que pertenecía al difunto, de ese modo se complementaba la información: tal mujer, de tal clase, de tal cofradía ha fallecido, luego es… A veces hilaban más fino, y por ejemplo en Llíria decían si el muerto era soltero o casado, y en otros lugares si había fallecido en el pueblo o fuera.

Además estaban los toques para clérigos, con más campanas y más tiempo, a los que se les asociaban las autoridades (rey, virrey…). Se tocaba más para el papa que para el arzobispo, menos para un obispo, menos para un canónigo… y así hasta el simple capellán que aún y así tenía más toques que un simple laico. De ese modo se reconstruía la estructura social, al recordar a qué estamento pertenecía cada uno.

Una regla importante: al menos en tierras valencianas no se tocaba de noche para informar la muerte de alguien; se esperaba al alba siguiente para comunicar la mala noticia. Si un toque de incendio no podía esperar, una señal de muertos se hacía después del toque del alba. Y sonaban tras las tres oraciones del día los correspondientes toques según la categoría del difunto, hasta el momento del entierro. Cuando el difunto estaba fuera de su casa y hasta llegar al lugar definitivo, las campanas sonaban constantemente, no sólo para avisar sino para protegerlo, pues es sabido que en esos momentos el Mal está acechando el alma del difunto para perderla.

La estructura de los toques, reflejo de la sociedad, era similar de un lugar a otro del mismo tamaño (desde un pueblo a una catedral) pero los toques cambiaban de forma y en casi ningún caso eran lentos. Un par de ejemplos: el final del toque de fiesta de la Catedral de València, las campanas oscilan hasta que paran solas igual al toque de difuntos ricos de la Huerta; mismo toque con significados diferentes. Y el toque más rápido y animado de la Catedral es el clamoreo utilizado tanto para el fallecimiento del Papa como del Arzobispo. Otro tanto documentamos en más de un centenar de casos: los toques tradicionales a muertos eran bastante o muy rápidos. Lo que ocurre es que esos momentos difíciles el tiempo transcurre para los afectados de una manera irreal, inacabable, y sienten como muy lentos toques que a menudo eran acelerados.

Tras la primera mecanización de las campanas, en los años sesenta, en muchos lugares, sobre todo en las ciudades, desaparecieron los toques de difuntos, en primer lugar porque no se instalaron mecanismos para hacerlos; solamente volteo para fiestas (aunque los volteos de las campanas se hacían en las torres tres o cuatro veces al año, nada más); también es verdad que el concepto de la muerte había cambiado. En los pueblos se mantuvo más, pero no siempre se instalaron los mecanismos apropiados para el toque local.

La segunda mecanización, que repone yugos de madera y mecanismos más complejos, ya permite tocar otra vez a difunto según las variantes locales, aunque los toques actuales sólo diferencian entre hombre y mujer y no reflejan el estatus social. Afortunadamente, apenas hay muertes de infantes por lo que este toque, reflejo de otras condiciones sanitarias, ha desaparecido.

Dr. Francesc LLOP i BAYO